

Japón: el primer sueño



Kenshinkan dôjô 2014

Aquella tarde me encontraba rodeado de posibilidades, verdaderas oportunidades para viajar. No obstante, todas y cada una de ellas permanecían vetadas para mí y, esto, por ser demasiado joven y, definitivamente, insolvente.

A pesar de lo que significaba aquella oposición frente a la posibilidad de ser de mi proyecto, mi mente divagaba insostenible, moviéndose de un extremo a otro del mundo, haciendo números, soportando, estoicamente, el poder de su imaginación, luchando, abiertamente, contra la realidad: una resultante negativa monumental, adversa y definitiva que me alejaba de aquello que yo consideraba la completa Felicidad.

Sí. Este sentir acontecía por saber, en el fondo de mí mismo, que aquel sueño acariciado era, en realidad, un sueño imposible. Y así lo fue -y continuó siéndolo- en aquel primer momento de mi vida.

Fiel a mi destino, confiaba en un futuro mejor, un tiempo en el que podría cuadrar los números, ajustar cuentas y tener el valor suficiente para respirar hondo, liarme un hatillo sobre los hombros y salir, raudo, hacia la estación de trenes; sin pausa, pero sin tregua, dejarme conducir hasta el primer aeropuerto -ese lugar casi mágico donde, aún sin haberla experimentado, consideraba que viviría en la cresta de la ola de mi vida.

Y, finalmente, llegar a mi destino.

Aún hoy, con cincuenta y un años cumplidos, vuelvo con frecuencia a aquella tarde, recordándome una y otra vez en medio de ella, de su lentitud, de su distancia. La nariz, en la ventana; los ojos, en la calle serena; el pensamiento, clavado en el Oriente, pues ya entonces, sin haber abandonado aún mis pequeñas fronteras, había puesto los pies en la tierra del viejo

Cipango, recorrido sus campos de arroz, soportado el sol plomizo del verano, cruzado la mirada con el fiero mirar de los guerreros, aquellos fieles exponentes de mi sueño quienes, montados a caballo, espadas al cinto y banderas al viento, se movían, libres, a través de las llanuras del país de Yamato.

Y, por descontado, había también hollado la madera de los viejos dôjô, llorado de emoción cuando en las horas vespertinas del keikô, todos: lugareños, gentes del campo, artesanos, escolares y amas de casa, dejaban sus ocupaciones principales y se reunían para disfrutar juntos del Budô. También aquí, claro, me había vuelto intransigente: había elegido, sólo, las escuelas con sabor rancio, las de vetustos colores, las apartadas, escondidas, secretas, cerradas y oscuras; esas que, a mi juicio, atesoraban el corazón del viejo Bujutsu.

Sé que aquella era una realidad que rozaba, al alza, la mayor de las ingenuidades, pero confieso que yo, con catorce años cumplidos, aún creía que en el país del Sol Naciente todos - hombres y mujeres- continuaban mostrando su fidelidad a las Tradiciones Guerreras que yo tanto amaba.

Aquella tarde ya lejana, mientras el tiempo se detenía y yo, entristecido, regresaba a ser quien verdaderamente era, supe que viajar a Japón se había convertido en el Sueño de mi Vida.

Kenshinkan dôjô 2014